



FRANCISCO ECHEVARRIA DEVA

1889 - 1965

Guadalajara, 10 de agosto de 1965

Queridos hermanos:

En el día de Santiago Apóstol, mientras estábamos escuchando la retransmisión de los solemnes oficios de la catedral compostelana, nos telefonean con urgencia: "El señor Pachi está agonizando".

El que esto escribe y el prefecto de la casa, nos trasladamos inmediatamente junto al lecho del moribundo, al que asistía uno de los hermanos de la comunidad, y tuvimos tiempo de sugerirle el piadoso ofrecimiento de su vida al Señor y de impartirle la absolución. Diez minutos después, 11,45 de la mañana, entregaba su hermosa alma al Creador.

Con anterioridad se le había ungido con el óleo de los enfermos y diariamente se le daba la comunión. La última que pudo recibir, ya con mucha dificultad, fue la de la víspera de su muerte, conmemoración de María Auxiliadora. Uno de los confesores de la comunidad le visitaba a diario, en los últimos días de mayor gravedad, y le confortaba con la absolución. Otros hermanos de la casa y, sobre todo, el que fue discípulo suyo en el arte de cocinar, el señor Franco, le visitaban muy frecuentemente, llevándole la alegría de su presencia y de su cariño fraterno.

Los jóvenes hermanos que habían pasado por esta casa de formación, con frecuencia se interesaban en sus cartas por él, y por él ofrecían sus oraciones, pues era mucho el afecto que le profesaban y alguno de ellos le había atendido, con no pequeño sacrificio, en el primer año de su enfermedad. Todos querían bien al señor Pachi: él había servido a todos con sacrificio y alegría salesiana, y el Señor, que tiene como hecho a El el servicio que se presta al prójimo, le recompensó procurándole una delicada asistencia material y espiritual en los últimos años de su vida.

Aquí es de justicia agradecer el cuidado cristiano y verdaderamente materno prodigado al señor Pachi por las Hermanitas de Ancianos, que le atendieron durante dos años, así como la asistencia espiritual de su Padre Capellán, en la administración diaria de la Eucaristía.

Francisco Echevarría Deva había nacido el 2 de abril de 1889, en el caserío de Eckioga (Guipúzcoa), de José y María Antonia. Heredó de

sus padres y del temple de su pueblo, los rasgos de una recia y acusada fisonomía humana y espiritual. Su niñez y primera juventud conocieron, junto a la paz de las montañas de su tierra, el trabajo y vida austera de los caseríos vascos.

Sintiendo la llamada del Señor, ingresó en la casa de Carabanchel Alto (Madrid), donde realizó las pruebas del aspirantado y noviciado, bajo la dirección espiritual de don Pedro Olivazzo, coronándolas con la profesión religiosa el 10 de septiembre de 1909.

Ciertamente constituyó para él una verdadera prueba la adaptación al nuevo ambiente del extrarradio madrileño, arrancado al riente encanto de su tierra natal sin el más elemental conocimiento del castellano y carente, por otra parte, de estudios. Superar estas dificultades, cuando se tienen ya diecisiete años, supone un esfuerzo notable y una voluntad decidida de seguir el llamamiento divino.

De no haber concurrido estas circunstancias, el joven Francisco habría cursado estudios con brillantez, pues demostró durante su vida no corto ingenio, una memoria tenaz y un juicio equilibrado.

Recién profeso, comenzó a prestar su sacrificado trabajo de cocinero en diversas casas: Baracaldo, Atocha, Carabanchel Alto, Vigo, Astudillo, Paseo de Extremadura, Cuatro Caminos. En esta casa le sorprendió la guerra y estuvo a punto de ser linchado por las turbas. Le tocó sufrir injurias y vejaciones y vivir aquel período en continua zozobra.

Acabada la guerra, fue destinado a Mohernando, donde le conoció ya el que suscribe esta carta. Con frecuencia acudíamos a la cocina para ayudarle en la preparación de las viandas que él había de aderezar para aquella numerosa comunidad de aspirantes, novicios y filósofos.

Desde entonces, conocí al señor Pachi siempre igual a sí mismo, viviendo en la paz de Dios, trabajando y orando, sazónando la convivencia fraterna con su ocurrente decir, con su gracia aguda, no desprovista de una inocente ironía.

Mediada la tarde, cuando nosotros nos divertíamos en los patios, le veíamos regresar del bosque con una brazada de leña, siempre risueño y tranquilo. Así aprovechaba los ratos libres en ocupaciones útiles a la comunidad, olvidándose de sí mismo.

De Mohernando pasó al nuevo aspirantado de Arévalo, donde se vio aquejado de una penosa enfermedad por la que se hubo de someter a una dolorosa operación. Habría de resentirse de ella en los últimos años.

Repuesto en aquella ocasión, quedó en el Colegio de San Fernando junto con su hermano el señor Ignacio. A pesar de estar recién fundado aquel colegio y a medio organizar, con un ambiente complejo y menos adecuado a su temperamento sencillo y a sus achaques, supo sin embargo atenerse a los sacrificios que, en la vida religiosa, nos impone la obediencia.

Fue trasladado a la casa de Lóngora y de allí a la nueva fundación de Guadalajara, última meta de su larga y sacrificada peregrinación. "Durante estos años, desde septiembre del 53 —escribe el señor Inspector de Bilbao— trabajó cuanto los Superiores y sus crecientes achaques le consintieron. Era considerado el abuelito de la casa. Todos, tanto superiores como estudiantes, sentían por él grande aprecio, fundado en su observancia religiosa y honda simpatía, la que le guardaron siempre cuantos le trataron. Sencillo, donairoso, tenía en todas las situaciones su apreciación original y ocurrente. Buen religioso: obediente y respetuoso en extremo con los superiores; escrupuloso en materia de pobreza, que, por su oficio, se creía especialmente llamado a practicar, y siempre temeroso de no haberla observado bastante.

Daba con candorosa sinceridad la cuenta de conciencia y no ocultaba que, al acercarse al tribunal de Dios a paso acelerado, abrigaba grandes temores de no haberse preparado; una muestra más de su humilde condición y deseo de mejoramiento.

De los nombres salesianos que había conocido, recordaba con particular veneración y elogio a don Manfredini y a don Binelli, por su virtud y paternal gobierno.

En plena lucidez todavía, entre las humildes ocupaciones de ayudante de cocina a las que no daba tregua, suplicaba se le perdonase cuanto pudiera haber ofendido a los hermanos que habían convivido con él.

De él decíamos, en nuestros comentarios familiares, que valía más que pesaba, ¡con pesar tanto!"

Por mi parte, puedo confirmar cuanto deja dicho el señor Inspector de Bilbao por lo que se refiere a los dos años que tuve la dicha de convivir con él en esta casa, después de cesar en su cargo de director don Emilio.

El señor Pachi se caracterizó por su sencillez, sobriedad y práctica de la pobreza: vestidos humildes, ajuar personal reducido a lo indispensable. A su muerte, no se ha podido identificar, como de su uso, ningún

objeto de valor apreciable. Vivió y murió en estricta pobreza. Pobreza compañera y signo, al mismo tiempo, de su humildad: ninguna pretensión, ninguna solicitud por honores o precedencias; se consideraba el último.

Se distinguía, además, el señor Pachi por su acendrada piedad: puntualísimo a la meditación, a pesar de su casi incapacidad para moverse, debido al reuma muy agudo que sufría. Oía cuantas misas le era posible. En los tiempos libres, recogido en la habitación, se entregaba a sus rezos, empleando especialmente oraciones indulgenciadas, sin duda, para sufragar a las almas del Purgatorio. Pasaba largos ratos de oración delante del Santísimo Sacramento, en las horas de la tarde, terminando con el ejercicio del Vía Crucis.

De su espíritu de trabajo son prueba fehaciente sus largos años pasados, día a día, en el sacrificado trabajo de la cocina, y de cuando ya apenas podía valerse, nos habla el siguiente hecho, que nos transmite un joven clérigo: "Un día un filósofo se encuentra al señor Pachi llorando. Le pregunta qué le pasa. Tras muchas súplicas logra arrancarle estas o parecidas palabras: "Si ya no me dejan hacer nada, ¿cómo me voy a ganar el cielo?"

Se refería a que en aquellos días habían traído a casa la máquina peladora de patatas, que le evitaría sus largas horas en ese menester."

Había trabajado todos los días de su vida religiosa, incluidos los festivos; dejar de trabajar era para él como dejar de sentirse salesiano.

Su virtud, no era encogida o enteca, sino alegre y espontánea: caminaba en la simplicidad, irradiando el candor de su alma sencilla y bella.

Transcribo, a continuación, los párrafos de una carta de condolencia que nos trasladan a unos tiempos y a un clima de épica salesiana: "Su cargo de cocinero de toda la vida, en un alarde de desprendimiento entrega y sacrificio poco común, le habrá ya granjeado los honores de un puesto muy distinguido cabe el trono de Dios, ¿quién, si no? Pasé días muy gratos a su vera, ¡cuántas anécdotas podría contar de él, todas sazonadas con un humor agrisado y chispeante fuera de serie. Pobrecitos como ratas, éramos entonces, en aquellos años lejanos e inquietos de inestabilidad política y social (hablo de 1929 y siguientes), pero la gracia de Dios, que corría abundante y a raudales en aquellas calendas, y en aquella casa incipiente, y el buen carácter de nuestro buen cocinero, rendido incondicional a nuestro servicio culinario, "et ultra", todo lo allanaba".

Espigando de otras cartas de pésame, encontramos frases que coinciden en subrayar la virtud del querido señor Pachi: "Nos sumamos todos a vuestros sufragios por su alma. Mejor haríamos encomendándonos a sus intercesiones ya en el cielo. El señor Pachi es un santo y estará junto al señor Aizpuru".

"¡Qué pena que estos buenísimos coadjutores nos vayan dejando!"

"...confiamos estará gozando en el cielo. Recuerdo su buen humor... era uno de los salesianos a quien se le quería de verdad."

"Me apresuro a unirme a esa comunidad para, con mis oraciones, sufragar el alma de este santo salesiano."

El señor Pachi pertenecía a esas "almas santas y humildes que hoy echamos de menos".

"Efectivamente, el señor Pachi era un santo coadjutor que siempre edificó durante toda su vida." (Sr. Arzobispo de Valencia.)

Para cerrar estas citas, transcribo de la carta del Muy Rvdo. don Modesto Bellido: "Con el señor Pachi se nos ha ido al cielo otro de esos ejemplarísimos coadjutores de la España salesiana. Han sido varios en estos últimos tiempos. Ciertamente que serán modelos a los buenos coadjutores de los tiempos actuales.

Se mostró siempre generosísimo en el trabajo. A su sencilla, pero profunda humildad, unió siempre gran espíritu de pobreza y obediencia, virtudes no fáciles, especialmente en nuestros tiempos. Por el bien de las casas de formación se impuso a veces heroicos sacrificios. Cuántos ejemplos podría citar... Qué alto lo vamos a contemplar en el cielo, si el Señor nos concede llegar".

Al volver, en el verano de 1962, de la reunión de Directores, que tuvo lugar en Salamanca, me encontré con la triste nueva de que el señor Pachi había sufrido una hemorragia cerebral.

El Muy Rvdo. don Emilio Hernández, que se encontraba de paso, le administró la extremaunción. Durante un año le retuvimos en casa totalmente incapaz de valerse por sí mismo, sin lucidez mental y sin posibilidad de expresarse.

Comprendiendo que el señor Pachi necesitaba un cuidado asiduo por parte de un personal especializado, lo confiamos a la caridad de las Hermanitas de Ancianos, que le trataron, en todo momento, con exquisita

solicitud. En su residencia, expiró piadosamente, asistido por la Superiora de la comunidad, hermanas religiosas y enfermero.

Serenamente se durmió en el Señor, mientras los asistentes rezábamos la recomendación del alma. Me cabe la íntima satisfacción de haber recogido el último latido de este gran salesiano, teniendo asido su brazo derecho, significando así, sin pretenderlo, su vinculación definitiva, y hasta el fin, a aquella Congregación, a la que sus brazos generosos incansablemente sirvieron.

Media hora después de expirar, llegó a la cámara mortuoria el señor Inspector al que acompañaba uno de los discípulos más queridos del señor Pachi, el señor Seve, como si hubiese venido de la lejana América a dar el último adiós a su gran maestro.

Cuando nuestro hermano entró en agonía, toda la comunidad se reunió en la capilla y asistió al santo sacrificio de la Misa. Así el señor Pachi ofreció su vida al Señor, uniendo su ofrenda a la de Jesús al Padre; el Señor le premió su gran devoción al misterio eucarístico, asociándole a su propio sacrificio, en el momento de la suprema y definitiva inmolación. Después, la comunidad rezó el rosario de difuntos: un inmediato sufragio de intercesión mariana, por quien tanto había amado y rezado a la Santísima Virgen y acababa de expirar revestido con su santo escapulario.

Los hermanos fueron pasando a orar delante de su cadáver dulcemente dormido. El día 26, se tuvo en la iglesia de las Hermanitas un solemne oficio de difuntos y, a continuación, se procedió al traslado de los restos mortales al panteón salesiano de Mohernando. Los superiores, hermanos, novicios y aspirantes de esta comunidad, el señor Inspector y varios Directores y hermanos de las casas de Madrid, esperaban al cadáver. Introducido en aquella capilla, en la que él tantas veces hizo oración, se tuvieron solemnes exequias por su eterno descanso, oficiadas por el señor Director del Noviciado. En el sepelio, oficiado por el señor Inspector, los restos mortales fueron trasladados a hombros de hermanos coadjutores. Descansan junto a los del Padre Joaquín Urgellés: un sacerdote y un coadjutor, salesianos ejemplarísimos que, a la vez que reciben el abundante sufragio de aquella casa de formación, se presentan como modelos a los jóvenes novicios, coadjutores y clérigos, que aspiran a la vida salesiana íntegramente vivida. Ellos alcanzarán frutos de bendición para los grandes intereses espirituales de aquel plantel salesiano.

Damos las gracias a cuantos de una manera u otra se asociaron a nuestro duelo, por carta o personalmente, al señor Inspector, superiores y hermanos de las casas de Madrid, y, de una manera particular, a los de la casa de Mohernando.

Sufraguemos el alma del señor Pachi. Sufragio que fácilmente se convertirá en mediación e intercesión por nosotros; que él nos alcance vivir, a su ejemplo, serena y sencillamente nuestra vida, sirviendo al Señor.

Encomendad a Dios los intereses de esta casa, que lo son de todos, y a quien se profesa afmo. en Don Bosco santo,

ERNESTO LAVANDERO

Director

DATOS PARA EL NECROLOGIO

Coadjutor Francisco Echevarría Deva, nació el 2 de abril de 1889; murió en Guadalajara el 25 de julio de 1965.
